

ACTO DE HOMENAJE DE LA MUNICIPALIDAD DE LA PLATA

A LA MEMORIA DEL DOCTOR DON CARLOS SPEGAZZINI

ADHESIÓN DEL INSTITUTO DEL MUSEO

El 6 de agosto de 1937 tuvo lugar el acto de homenaje que la Municipalidad de La Plata había resuelto rendir a la memoria del sabio investigador y profesor doctor don Carlos Spegazzini, consistente en la colocación de una placa recordatoria en la intersección de las calles 60 y 120 de esta ciudad.

El Museo, tan pronto tuvo conocimiento de la magna celebración proyectada, envió su adhesión al acto al que asistieron después autoridades, profesores y alumnos de la Casa, oportunidad en la que el director del Instituto pronunció las siguientes palabras :

Al justiciero homenaje que hoy el Municipio de esta ciudad hermosa y culta, con clara visión, tributa a la venerable memoria de Carlos Spegazzini, el Instituto del Museo de la Universidad Nacional de La Plata se adhiere con entusiasmo y con aquel fervor que inspiran e imponen hondos sentimientos de solidaridad, de admiración y de gratitud.

Y a la misión encomendada, al grato deber oficial, quien tiene el alto honor de dirigirlo, agrega la expresión sincera de su corazón y bendice este momento que le permite aportar al rito su tributo personal e iluminar su rostro, aun fuera por lejano reflejo, con un rayo de la gloria del sabio que fué grande y que fué nuestro.

Y, al aplauso colectivo, une el propio para el señor Luis María Berro, quien hizo suyo el íntimo anhelo de todo naturalista y decretó el homenaje, y lo realizó en el día de hoy, fecha de honda y significativa evocación.

En verdad, a nadie puede pasar desapercibido que hoy se cumple el XXVI° aniversario de la muerte de Florentino Ameghino.

La elección de la fecha no pudo ser más oportuna, ni más digna de encomio ; nada pudo ser más plausible que el acercamiento, en el acto que se celebra, de estos dos grandes naturalistas, hijos adoptivos de la ciudad de La Plata.

Dos figuras excelsas que, en una amistad recia, en una fecunda emula-

ción recíproca, en una solidaridad perfecta de aspiraciones nobles, en íntima unión de ideales, sostenidos por una misma fe, cada uno en el ámbito de su predilección, constituyeron obra monumental y alcanzaron cumbres raramente escaladas por la humana fatiga.

Educados ambos, en hogar modesto, a la rígida disciplina del trabajo, por su intelecto, por el esfuerzo tenaz e incesante de una voluntad guiada por infinito amor a las armonías de la vida, lograron un renombre que desbordó de los angostos límites de la patria, para dilatarse por todas las esferas cultas del mundo.

Ambos, vástagos de una misma estirpe destinada a cobrar lozanía en el fecundo suelo de América, llevaron, en su carácter y en su temperamento, la representación auténtica de los humanistas del Renacimiento, cuyo espíritu, flexible y múltiple, abierto a todas las luces del saber, favorecido con los dones más difícilmente conciliables del entendimiento, aun hoy marca rumbos y dicta normas de sabiduría y de belleza. Espíritus dinámicos e inquietos, que no buscaron a Dios y la felicidad en la vida contemplativa, sino en la acción heroica, o, como Colón, desplegando las velas por la fascinadora inmensidad del océano, hacia mundos desconocidos, en busca de ignoradas potencias y de ignoradas riquezas.

Ambos, expresión viva de la secular extirpe latina, con los destellos de su talento y la fuerza de su pasión, contribuyeron a estrechar los lazos espirituales entre las dos patrias, allende y aquende los mares, en el nombre de Roma eterna, madre común, que al lado de las catedrales solemnes y de las torres severas, encierra en su seno la llama inextinguible de Palas y, perennemente, renueva de grandeza presente su grandeza pasada.

Ameghino y Spegazzini, figuras eminentes entre aquel grupo de varones, ilustres en las ciencias y en las artes, en las letras y en la filosofía, quienes, movidos por una grande pasión de potencia intelectual, impulsados por un inagotable cariño para esta tierra, en un momento histórico, que perdurará para siempre con brillos de claridad meridiana, supieron rasgar, con la exuberante germinación de su rara inteligencia, la áspera corteza del embrión de nuestra cultura.

Spegazzini y Ameghino, gloriosos paladines de la vieja guardia, que al amor para la patria y para la ciencia, unieron una fe inmensa en su poder y en su devenir.

Para la Botánica, Carlos Spegazzini fué lo que Florentino Ameghino para la Paleontología.

En su obra botánica de la misma manera que en la obra paleontológica de Florentino Ameghino, el temperamento del sabio nos parece como la selva exuberante del trópico, que el tronco robusto de árboles enhiestos envuelve de lianas ágiles y entreteje de malezas densas: pero selva tropical, por fin, donde también la maraña sabe llevar flores de maravillosa belleza y de perfumes sutiles.

Atraído por el sueño de lejanas tierras generosas de emociones sublimes

para el naturalista, halagado por esperanzas que no fueron frustradas, con el ardiente entusiasmo de los veintiún años, pero fincando ya en un vasto acervo de conocimientos adquiridos bajo la guía de su grande maestro Pedro Andrés Saccardo, amparado y estimulado, en su llegar, por el botánico Domingo Parodi, abrevando su sed inexhausta en los raudales de la opulenta naturaleza de esta tierra, supo concretar una obra florística inmensa.

Dentro de este campo, en la Argentina entonces casi virgen, todo lo quiso abarcar: criptógamas, fanerógamas, botánica aplicada, fitegeografía, ecología vegetal, paleobotánica.

Pero, siguiendo las huellas luminosas de su eminente maestro, fué en la Micología en que debía descollar. En este campo vasto y difícil, su actividad fué realmente sorprendente: las treinta y nueve especies de hongos argentinos hasta entonces conocidos, dos años más tarde habían llegado a 774 y, aumentando vertiginosamente año tras año, a la muerte del sabio habían alcanzado guarismos insospechados: 150 géneros nuevos y más de mil especies nuevas, además de un sinnúmero de entidades críticas, de interés científico y práctico, prolijamente descriptas, enriquecidas de observaciones originales, con mano maestra.

La especialidad, hasta entonces dominio incontrastable del norteamericano Thaxter, llegó a tener su máximo cultor en la Argentina, y por mérito de Carlos Spegazzini, la Argentina, desde entonces, fué uno de los países del mundo cuya flora micológica resultó mejor conocida.

Y, por cierto, no señalamos el hecho por frívola jactancia. Pensemos que, en la clase de los hongos, y especialmente entre los micromicetes, es donde se anida la máxima parte de los gérmenes patógenos parasitarios y saprófitos, los micro-organismos que acechan nuestras vidas y nuestros bienes, y aquellos también que actúan en fermentaciones, fecundas de productos valiosos.

Es, entonces, un inmenso servicio que la obra micológica de Carlos Spegazzini ha rendido generosamente a la humanidad y a la ciencia; un poderoso instrumento de progreso a la medicina humana, a la patología animal y vegetal, a la higiene y a la industria; y un manantial copioso de enseñanza y de recursos, cuyo valor quizá no alcanzamos aún a estimar en toda su grandeza, ni aprovechar todavía en toda la potencia de su beneficio.

Verdad es que no todas las contribuciones de nuestro sabio botánico son fácilmente accesibles. Muchas de ellas, dispersas en revistas de escasa difusión o en publicaciones raras, permanecen casi desconocidas al estudioso y al técnico.

Pero, la provincia de Buenos Aires, que para la ciencia y la patria ya supo adquirir méritos grandes con la reedición de las obras completas de Florentino Amehgino, sabrá comprender nuestros anhelos; sin duda, sabrá repetir el gesto magnífico también para este otro ilustre hijo adoptivo de nuestra ciudad, especialmente hoy, en que vuelve a la acción creadora, a

su glorioso pasado, por obra y virtud de los hombres eminentes que rigen sus destinos.

A no dudar, es en el vasto campo de la micología donde Carlos Spegazzini domina y dominará siempre como maestro incontrastable, mas no por esto descuidó el no menos amplio dominio de la fanerogamia.

Viajero inquieto e incansable, naturalista escrupuloso y sincero, no pudo conformarse con el estudio de viejos herbarios o con elementos remitidos por remotos coleccionadores. Fué por esto que en todo el dilatado territorio de la República, desde las selvas de sus límites tropicales y los bosques chaqueños hasta las estepas australes de Patagonia y Tierra del Fuego, desde los bordes generosos del océano hasta la grandiosa majestuosidad de los Andes, dejó el sello imborrable de su laboriosidad y de su clara inteligencia.

Con su contribución al conocimiento de las Caráceas platenses, Carlos Spegazzini ensayó también el estudio de las algas argentinas. Pero, en sus primeros pasos por este piélago, hacia el cual le impulsara el ímpetu de su entusiasmo ansioso de horizontes siempre nuevos y siempre más amplios, acaso le detuvo la visión exacta de la vastedad inmensa de la labor emprendida.

En la intimidad de mi alma he de celebrarlo porque fué éste el motivo que pudo acercar mi persona a su grande espíritu.

Fué cuando Carlos Spegazzini quiso confiarme la redacción de un artículo algológico para *La Nueva Nolarisia*, fundada y por 25 años dirigida por su sabio amigo y condiscípulo Juan Bautista De Toni.

El artículo, destinado al volumen que debía ser jubilar, resultó, en cambio, una contribución al tomo necrológico en homenaje a quien fué su director, realizado por el piadoso cariño de Aquiles Forti, digno discípulo de la misma escuela, sabio del mismo temple, quien acaba de fallecer, legando trece millones de liras al Museo de Verona, su ciudad natal.

El ejemplo sublime bien vale el recuerdo y la digresión.

En ese primer encuentro, apenas dos años antes de su desaparición, Carlos Spegazzini me recibió como un viejo amigo: a pesar de su edad ya avanzada, brillaba en sus ojos un admirable entusiasmo juvenil; y de sus expresiones manaba una agilidad mental sorprendente; y de su corazón brotaba un raudal de maravilloso optimismo: de aquel optimismo que no le abandonó nunca en los momentos más rudos por el áspero contacto del mundo, ni en las horas aciagas del infortunio.

Señores:

La ceremonia que nos congrega alrededor de la luminosa memoria de Carlos Spegazzini, honra a la Municipalidad de La Plata que, apartándose de la rutina, sabe exaltar los valores espirituales que marcan jalones eternos en el desenvolvimiento cultural y moral de los pueblos.

Honra a la Municipalidad de La Plata que sabe apreciar y exponer a la veneración pública la grande figura de Carlos Spegazzini, investigador entusiasta y prolijo, maestro pródigo y sencillo, luchador recio y fecundo, apóstol ferviente y puro de aquella ciencia que educa, en el hombre, la idea del deber y la necesidad del trabajo, no como castigo, sino como el empleo más noble de nuestra existencia: en esta ciudad de La Plata, que el sabio vió nacer, y donde treinta generaciones disfrutaron el beneficio de sus provechosas enseñanzas, en esta patria que Spegazzini amó con pasión desde el primer momento de su llegada, bajo este cielo donde, como Ashaverus, en el esplendor de una mañana primaveral, reconoció a Jehová, que larga y afanosamente en vano hasta entonces había buscado, y lo santificó en el alba de todo lo que existe, de todo lo que vive sólo para morir y revivir en el alma del Universo, en el espíritu de la Naturaleza.